

Algunas reflexiones en torno a la 'Historia de la Iglesia'

José ORLANDIS

1. *Historia de la fe*

En Roma se guarda todavía el recuerdo de una anécdota de la vida del cardenal Baronio, el gran historiador de la Iglesia de la época de la Reforma católica. Baronio dedicó largos años a escribir los *Annales Ecclesiastici*, la monumental obra que dejó incompleta y que constituye, como es sabido, la respuesta científica a la visión sesgada del pasado de la Iglesia universal, presentada por los luteranos «Centuriadores de Magdeburgo». La anécdota, que a algunos podrá parecer banal, encierra sin embargo indudable importancia en cuanto reveladora de una significativa disposición de espíritu: año tras año, mientras escribía su obra, Baronio acudía diariamente a la basílica de San Pedro, y allí pedía luces y actualizaba su fe, junto a la tumba del Apóstol, que fue la roca sobre la que Cristo quiso edificar su Iglesia.

La conducta de Baronio encierra una lección, que tiene a mi juicio valor permanente y que parece oportuno poner de relieve en cabeza de estas sencillas consideraciones. Subraya la importancia de la fe para una comprensión profunda de la historia de la Iglesia, y la dificultad de que esa historia, concebida en su más pleno sentido, pueda ser escrita con garantías de acierto por el historiador no creyente. Esta afirmación, hecha sin el menor ánimo descalificador, en modo alguno excluye que tal historiador esté en condiciones de realizar aportaciones valiosas en el campo de las ciencias

histórico-eclesiásticas. Podrá examinar, por ejemplo, las relaciones entre el Pontificado y las Potencias de la tierra, o la sociología religiosa de un país durante una determinada época; podrá hacer el estudio literario de la obra de un padre de la Iglesia, o preparar la edición crítica de la vida de un santo medieval; podrá dar noticia puntual de las peripecias de un cisma o de la reunión de un concilio. Todas estas cosas, y muchas otras más, podrá hacerlas con toda competencia un historiador sin fe. Lo difícil para él será ofrecer una visión cabal, que cale en profundidad, de la andadura a través de los tiempos de una Iglesia de fundación divina, cuya esencial dimensión sobrenatural por fuerza ha de escapársele.

2. *Las parábolas del Reino*

La andadura de la Iglesia en el mundo se inició cuando acababa de cumplirse la plenitud de los tiempos, y se prolongará hasta la Parusía —es decir, hasta el final de los tiempos—, porque la Iglesia perdurará mientras la humanidad perdure. Bajo este gran arco temporal que constituye el marco cronológico de la vida de la Iglesia, resulta legítimo contemplar su historia como la crónica de la realización a través de los siglos de las parábolas evangélicas del Reino.

La ley del progresivo crecimiento, que es fácil descubrir en las parábolas, marca la pauta y el ritmo del desarrollo histórico de la Iglesia. Nació la Iglesia de Cristo como la más pequeña de las semillas, la de la mostaza, pero con capacidad de transformarse en árbol, refugio de las aves del cielo y cuyas ramas llegarán a extenderse sobre toda la faz de la tierra (cfr. Mt. XIII, 31-32); la Iglesia es la levadura destinada a fermentar toda la masa (cfr. Mt. XIII, 33). La historia es larga porque, en palabras de Jesús, «este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones y entonces vendrá el fin» (Mt. XXIV, 14). La misión de la predicación, que el Señor confió a sus discípulos en el monte de la Ascensión, reviste tal universalidad, que parece legítimo afirmar que esa misión, dadas las circunstancias reales de la humanidad en los dos últimos milenios, todavía no ha podido completarse. «Enseñad a todas las naciones» (Mt. XXVIII, 19), «predicad el Evangelio a toda criatura» (Mc. XVI, 15), sed «mis testigos en Jerusalén, en Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra» (Act. I, 8) son cometidos que es difícil entender que hayan podido realizarse cumplidamente en los tiempos pretéritos de la historia cristiana.

3. *Santidad de la Iglesia*

La Iglesia es santa, pero no es una comunidad de santos o de predestinados. Los santos no faltaron en ningún momento en su historia, pero los pecadores tampoco. La presencia de estos se ha hecho notar incluso en las filas de quienes, por razón de su ministerio jerárquico, habrían debido ser luz puesta en lo alto que alumbrase a todos los de la casa (cfr. Mt. V, 15); un desorden que ha podido provocar en algunos, no ya inquietud, sino escándalo. Para el historiador que contempla a la Iglesia con mirada de fe, esas penosas experiencias, prueba tangible de cuán real ha sido su encarnación en la humanidad de cada época, constituyen en cambio un argumento poderoso de la divinidad de la Iglesia de Cristo.

Resulta, en efecto, admirable, aunque sea algo a lo que nos hayamos habituado, comprobar la radical fidelidad a su ministerio eclesiástico de hombres indignos o personajes marcados con la tacha de pecadores públicos. Ha de sorprender al observador que contempla los hechos con ojos meramente humanos que esos personajes no intentasen jamás pervertir a la Iglesia; más aún, que aquellos Papas del siglo X, tristes criaturas de los clanes feudales de los Crescencios o Tusculanos, o aquellos otros que brillaron sobre todo como príncipes temporales y mecenas del Renacimiento no se desviaran del camino de la fe ni trataran siquiera de «rebajar el listón» de las exigencias de la moral cristiana, para justificar sus propias miserias. Tal vez nunca como en esas circunstancias haya sido patente la acción del Espíritu Santo en la conducción de la Iglesia, y en particular en la salvaguardia del Primado.

4. *Providencia divina y libertad humana*

Pero, ¿quiere decir acaso que la historia de la Iglesia, en los veinte siglos transcurridos desde su fundación, ha respondido siempre de modo acabado a los designios divinos? La pregunta no puede separarse de esta otra, de amplitud todavía mayor: ¿ha sido la historia de la humanidad, desde la Redención hasta nuestros días, el fiel reflejo del querer de Dios sobre el destino terreno de hombre? Es obvio que no puede darse una respuesta afirmativa a esta segunda pregunta. La marcha de la historia es la resultante de una misteriosa conjunción entre voluntad divina y libertad humana, y refleja los avatares de la sempiterna lucha entre la luz y las tinieblas. Las

parábolas del Reino anuncian también que la historia del mundo registra dolorosamente la coexistencia en un mismo campo del trigo y la cizaña. Y el discrimen entre la buena y la malahierba se dilata hasta el fin de los tiempos, cuando se separarán también los peces buenos y los malos, mezclados todos entre tanto en una misma red barreada (cfr. Mt. XIII, 24-30, 36-43, 47-50).

La historia de la Iglesia no puede segregarse de la existencia de la humanidad —la masa que ha de fermentar— y sería por tanto ilusorio concebirla como una aventura sobrehumana en la que no hubiera dejado su huella el pecado ni se hayan producido crisis profundas y penosas experiencias. La Iglesia lleva en su cuerpo la marca de dolorosas heridas, algunas abiertas desde hace siglos. Acontecimientos como la extinción de la Cristiandad del Africa latina —la de San Cipriano y de San Agustín— o las grandes escisiones religiosas de Oriente y de Occidente, que desgajaron la túnica inconsútil de Cristo, han sido sin duda permitidos por Dios; pero sería osadía decir que hayan sido queridos por Él. El llanto de Cristo sobre la Ciudad Santa —«Jerusalén, Jerusalén... cuántas veces Yo quise y tú no quisiste» (cfr. Mt. XXIII, 37)— puede haberse renovado en la historia de la Iglesia siempre que el pecado del hombre ha rechazado el amor de Dios; cuando Jesús haya tenido que reiterar aquella queja que un día, dicen, oyó Santa Teresa: «Teresa yo quise... Pero los hombre no han querido».

La historia permite sin embargo verificar a través de los siglos la eficacia de la promesa de permanencia de la Iglesia hecha por Cristo en Cesarea de Filipo, a la hora de la confesión de Pedro y de la promesa del Primado: «y las puertas del infierno no prevalecerán contra ellas» (Mt. XXVI, 18). La promesa no fue, en modo alguno, una garantía de tranquila navegación por los mares del mundo. El Evangelio está lleno de advertencias de Jesús acerca de la contradicción y de las persecuciones que habrán de sufrir muchas veces sus discípulos. La promesa de Cristo fue la seguridad divina de que la Iglesia perdurará hasta el fin de los tiempos, pese a las embestidas de las fuerzas del mal —desde fuera y a veces, también, desde dentro—, que no dejarán de reiterarse durante toda su existencia. De ahí que la Iglesia produzca a menudo al historiador una indecible sensación de fragilidad, tanto por razón de su estructura y de los instrumentos con que cuenta, como de la personalidad de muchos de sus pastores, que hace más evidente la acción del Espíritu Santo, «supletora» de tantas deficiencias humanas. Los veinte siglos de historia, con que ya cuenta la Iglesia, contemplados sin prejuicios, aparecen así a los ojos del historiador como un prodi-

gioso milagro moral y un argumento de credibilidad en su divina institución. La simple historia, sin necesidad de exaltación apologética, es la mejor apología de la Iglesia de Jesucristo.

5. *Cristiandad y secularismo*

En el transcurso de esos siglos que forman nuestra era cristiana, ha habido momentos en los cuales alguien pudo pensar que estaba próxima la hora del triunfo glorioso de la Iglesia, que configuraría las sociedades terrenas de acuerdo con los grandes principios de la doctrina y de la moral evangélica; momentos en que parecía cercana la instauración del Reino de Dios en el mundo, sin tener que aguardar a la segunda venida de Jesucristo. Ese era el ideal del orden religioso y social por el que lucharon los paladines de la Cristiandad medieval y que pudo creerse casi al alcance de la mano —al menos en el Occidente europeo, que era su contexto vital—, en las horas estelares de la Edad Media. Los españoles del Siglo de Oro que, pese a la irrupción de la modernidad en Europa, seguían siendo hombres de la Cristiandad, sentían aún vivamente aquellos ideales, de los que se hacía brillante portavoz Hernando de Acuña en su célebre oda al emperador Carlos:

«Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa que promete el cielo
una grey y un pastor solo en el suelo,
por suerte a Vuestros tiempos reservada»

Ideal de Cristiandad, espera impaciente de una inmediata y perfecta instauración de un Reino de Dios en la tierra, bajo una forma que hace pensar en ensoñaciones milenaristas. En el extremo opuesto han cerrado filas en los últimos siglos los fautores de la secularización, que pretenden borrar toda huella divina en las sociedades humanas. Son los enemigos de la vieja y de la nueva Cristiandad, siempre en pos de la utopía del paraíso en la tierra y que han anunciado una y mil veces el inminente crepúsculo de la Iglesia y del cristianismo. En las postrimerías del siglo XVIII ese espíritu se halla bien representado por los burgueses satisfechos y gozadores de la Francia del Directorio, que gritaban jubilosos: «ha muerto el último Papa», cuando Pío VI expiró prisionero en Valence. Más tarde, a finales del siglo XIX, Nietzsche sería el profeta de la muerte de Dios; y en la se-

gunda mitad del XX, el mundo tuvo ocasión de conocer una zafia versión del mismo espíritu en las baladronadas histriónicas de Nikita Krushev, anunciando a su pueblo que estaba próximo el día en que podría mostrarles por las pantallas de la televisión al último «pope» que quedase sobre la tierra.

6. *La huellas de la acción divina*

Entre el estruendo de los humanos avatares, el historiador se esforzará por adivinar las huellas de la acción divina en la Iglesia y en el mundo. Porque Dios es el Señor de la historia y su providencia —más allá de los obstáculos y resistencias— vela por el destino de los hombres y de los pueblos; vela, aunque a veces los caminos de Dios no sean nuestros caminos, ni sus pensamientos coincidan con los nuestros (cfr. Is. LV, 8).

Reconocer las huellas de esa acción de Dios en el mundo es tarea no siempre fácil que el historiador ha de llevar a cabo con respeto y honestidad; y es bueno recordar que si Cristo pide a los hombres que acierten a discernir los «signos de los tiempos», se niega en cambio a satisfacer con una «señal» la curiosidad de los judíos (cfr. Mt. XII, 39, XVI, 4). Las «señales» extraordinarias, ahora como entonces, raras veces entran en los «modos» propios de gobierno de Dios. Son de ordinario hombres, constituidos por Dios como instrumentos suyos, el medio de que acostumbra valerse para dirigir hacia el bien los senderos de la historia. Y hombres son, en fin de cuentas, aquellos que han recibido de Cristo misión jerárquica de gobernar la Iglesia. «Apacienta mis corderos. Apacienta mis ovejas... Apacienta mis ovejas» es el mandato tres veces reiterado por Jesús al supremo Pastor de los cristianos (cfr. Io. XXI, 15-17). «Cuidad de vosotros y de todo el rebaño, en medio del cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos para apacentar la Iglesia de Dios» (Act. XX, 28): tal es la recomendación de San Pablo a los presbíteros de Efeso, precisando la misión que corresponde realizar por institución divina a quienes han sido constituidos pastores de la Iglesia.

Mas la atención que merecen los miembros de la Jerarquía, como instrumentos de la acción divina en la Iglesia y en el mundo, no debe hacer olvidar al historiador el papel que, como instrumentos también de la Providencia, han cumplido los hombres de Dios. Los santos con amplia proyección social no son tan sólo modelo de virtudes cristianas sino, además, for-

jadores de la historia. Es la función anunciada ya por Orígenes cuando escribía que «los hombres de Dios son la sal que mantiene unidas las sociedades terrenas». Los santos, es cierto, nunca han faltado en el pasado de la Iglesia; pero hay épocas en las que parecen escasear más o, al menos, en que se echan en falta los santos que han dejado una impronta profunda, capaz de influir para bien en el destino del mundo. Los períodos de la historia menos marcados por el protagonismo de los santos son períodos oscuros, de crisis: «Estas crisis mundiales son crisis de santos» (cfr. *Camino*, 301).

7. La función de las minorías

En épocas de crisis, como puede ser la nuestra y otras que se dieron en el pasado, el papel jugado por las minorías reviste particular importancia. El historiador debe por tanto reconocerles el relieve que les corresponde, sin incurrir en el error, a que es proclive la mentalidad moderna, de estimar que los comportamientos mayoritarios fueron siempre el factor determinante de la dinámica histórica.

Al hablar aquí de minorías no se contempla, como es obvio, a las de componente étnico o ritual, que puedan existir en uno u otro régimen. Las minorías que el historiador de la Iglesia debe sobre todo considerar son las constituidas por los cristianos consecuentes con su fe que, en las más diversas épocas mantuvieron a contracorriente su fidelidad religiosa, cuando la masa mayoritaria había sucumbido a la seducción del cómodo conformismo, a la corriente de la moda o a la presión del miedo. En los tiempos anteriores a Cristo, el «resto de Israel» estuvo integrado por la pequeña porción que guardó su fidelidad religiosa en medio de las reincidentes apostasías del pueblo elegido: una porción que fue la depositaria de las promesas mesiánicas cumplida con el nacimiento del Redentor. El historiador habrá de consagrar especial atención a las minorías fieles, cuyo papel en la Era cristiana ha sido también decisivo en muchos momentos del pasado de la Iglesia.

Bastará, por ejemplo, recordar que en tiempos de las grandes persecuciones del siglo III, los «confesores de la fe» fueron a veces menos que la muchedumbre de los *lapsi*; pero esos confesores, no sólo dieron ejemplo de heroísmo cristiano, sino que sirvieron luego de mediadores para que sus hermanos desertores retornasen a la Iglesia. También en los tiempos pre-

sententes de quiebra de muchas «tradiciones cristianas», cuando la masa de los tibios parece vacilar ante la presión ambiental y la guerra psicológica de las encuestas, la minoría de bautizados que se comportan con coherencia como discípulos de Jesucristo y guardan su Ley, podrán tener decisiva influencia en el futuro destino de la Iglesia. Es una buena razón para que las minorías fieles merezcan que el historiador eclesiástico les consagre una atención particular y cuidadosa.

8. «*Magnificat*»

Llegamos ya al final de estas consideraciones en torno a algunas cuestiones de historia de la Iglesia. Han sido unas reflexiones deliberadamente desordenadas, parciales y sin plan sistemático. Para terminar parece sin embargo oportuno llamar la atención sobre un aspecto luminoso del pasado, que bien merece ser puesto de relieve: la visión histórica con que la Madre de Dios contempló su misión y su destino. En el canto del *Magnificat*, María penetra con mirada profética la profundidad de los tiempos y predice su inmarcesible presencia en los siglos que han de venir. La Virgen se siente protagonista de la historia futura y así lo proclama: «me llamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc. I, 48). Sesenta generaciones, cuando menos, dan ya testimonio del cumplimiento del anuncio de María.

José Orlandis
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona